

El saber de la fotografía en Antioquia

Lecciones sobre fotografía y Cuaderno de caja

HORACIO MARINO RODRÍGUEZ

Y MELITÓN RODRÍGUEZ

Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín, 2013, 101 págs., il.

CON MOTIVO del bicentenario de la independencia de Antioquia, un grupo de universidades de la región publicó una colección bibliográfica de gran interés y valor documental. De ella hace parte este volumen, que recoge dos obras relacionadas con la fotografía en Antioquia, escritas por los hermanos Rodríguez, Horacio Marino (1866-1931) y Melitón (1875-1942).

Como ya es conocido, la fotografía en Antioquia surgió de la mano del pintor envigadeño Fermín Isaza (1809-1887) apenas nueve años después de que el invento de Daguerre se diera a conocer en Francia. Formado en Bogotá posiblemente con Luis García Hevia, Isaza abrió en la capital de Antioquia en 1848 un gabinete de daguerrotipia que fue el inicio de una dilatada tradición de producción de imágenes. Esta tradición tuvo como característica novedosa la vinculación del arte de la pintura con el dominio de procedimientos químicos para fijar la imagen, integrados en un emprendimiento comercial.

No sobra recordar que los esfuerzos pioneros de Isaza y los de sus posteriores seguidores como Vicente y Pastor Restrepo, entre los más destacados, se hicieron a partir de la experimentación. No se contaba entonces con energía eléctrica y se requerían conocimientos de francés, pues los manuales técnicos que circulaban y servían como referencia indispensable estaban publicados en este idioma. Además, los experimentos fueron posibles gracias al suministro de los ingredientes químicos necesarios, por parte de comerciantes importadores, droguerías y boticarios. De acuerdo con las lecciones de Horacio Marino, además del espacio para el taller, que debía tener acceso a iluminación solar, espacio para cámaras, muebles y herramientas, para poder practicar la fotografía a finales del siglo XIX se requerían al menos dieciséis sustancias químicas distintas, incluidos cianuro de potasio y cloruro de oro, hasta otras más comunes, como el bicarbonato de soda [pág. 22].

Dieciocho lecciones sobre fotografía, título original del libro, apareció por primera vez en 1897, impreso por la Editorial Bedout, ilustrado con quince grabados en zinc elaborados por el propio autor, Horacio Marino. Fue el primer tratado sobre fotografía que se publicó en Colombia y probablemente uno de los más tempranos hechos en América hispana. Tal como señala Juan Luis Mejía en el conciso y bien documentado prólogo, el interés de Horacio Marino por la fotografía comenzó en 1889, cuando se asoció con el joven pintor Francisco Antonio Cano.

Proveniente de su natal Yarumal, Cano había llegado a Medellín en 1885, de paso hacia Bogotá, donde pensaba estudiar grabado, pero la guerra de ese año le impidió el viaje y fue hospedado por Melitón Rodríguez Roldán, padre de los autores. Su hermano, Ricardo Rodríguez Roldán había pasado una temporada en París, donde aprendió talla en mármol y fotografía, oficios que desempeñó con el fin de pagar los estudios de medicina. Para ayudar a salir de la pobreza a su hermano Melitón, le enseñó en Medellín lo que sabía de estas materias. Gracias a ello, Melitón Rodríguez Roldán no solo pudo subsistir, sino que, como anota Mejía, su taller se convirtió en una suerte de centro cultural donde se discutía de arte, literatura y también de espiritismo, práctica a la que eran afectos el marmolero y su hijo adoptivo Cano, entre otros.

Horacio Marino recogió la teoría y la práctica que recibió de su abuelo a través de su padre y tuvo sus propias experiencias a lo largo de ocho años como fotógrafo. Así precisó los motivos que tuvo para publicar las *Lecciones*:

La rapidez con que entre nosotros aumenta el número de aficionados a tan hermoso arte, por una parte; y por otra, la carencia absoluta de una obra sobre la materia, que satisfaga las exigencias de nuestro público en lo referente al idioma, la claridad, el éxito de las enseñanzas, el volumen y el precio, son los móviles que me han impulsado a imprimir este manual [pág. 15].

Descartó ocuparse del procedimiento al colodión, por considerarlo en desuso, y todas sus enseñanzas las dedica al negativo y al positivo. Empieza diciendo: “La fotografía es el arte de fijar por medio de la luz (...) la imagen producida en la cámara oscura” [pág. 17] y luego traza una breve historia de la fotografía.

Más allá del recetario, que incluye entre sus componentes el agua de lluvia, más pura entonces que el agua corriente, en las dieciocho lecciones se encuentran verdaderas perlas: la forma de iluminar al modelo para un retrato, las poses y la dificultad de hacer buenos retratos de grupo por efectos, incontrolables todavía, de la perspectiva. El tratamiento de los fondos, los tiempos de exposición (quince segundos para un interior, cuatro segundos para un retrato de busto), las horas del día preferibles para tomar vistas. El retoque, indispensable para perfeccionar el negativo sobre vidrio antes de copiarlo, del que no se debía abusar para evitar convertir al modelo en una porcelana. Como novedad, incluye la fórmula para el “relámpago de magnesio”, que permitía tomar fotografías nocturnas: dos gramos de magnesio en polvo, cuatro gramos de clorato de potasa y un gramo de algodón pólvora [pág. 60].

Además de la fotografía, Horacio Marino promovió las artes gráficas y la creación de la primera revista ilustrada de Antioquia en 1896, junto a Francisco A. Cano y a Luis de Greiff. Llamada *El Repertorio Ilustrado*, la revista publicó por primera vez en la región imágenes grabadas en madera y adaptó a los escasos medios locales disponibles la técnica del fotograbado, lo que creó una nueva oportunidad industrial y artística.

Horacio Marino fue un sabio autodidacta que aplicó

sus amplios conocimientos en artes y ciencias en beneficio de las iniciativas empresariales que abordó. No continuó con la fotografía, que pasó a manos de su talentoso hermano Melitón, formado de niño como pintor con Cano. Se dedicó a la arquitectura y la construcción, y en 1903, con visión de futuro ante el incipiente desarrollo urbano de Medellín, estableció la firma de arquitectos H. M. Rodríguez e hijos, activa durante los siguientes setenta años, reconocida hoy como iniciadora de la arquitectura moderna en Antioquia. Además, fue autor de dos tomos de un *Manual del constructor*, todavía inédito.

Melitón asumió el establecimiento fotográfico que había fundado su hermano y en 1899 pasó a denominarse Melitón Rodríguez e hijos. Llamado después Foto Rodríguez, permaneció activo hasta 1995 en manos de sus familiares, cuando los ricos y bien documentados fondos pasaron al cuidado de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

En su libro, Horacio Marino preservó el conocimiento químico y práctico sobre la fotografía y algunos de los secretos artísticos para tomar buenas fotos, mientras que Melitón, en el *Cuaderno de caja*, además de anotaciones sobre el movimiento comercial del taller en términos de ingresos y egresos, plasmó una serie de reflexiones íntimas y breves notas que terminaron por reemplazar la contabilidad en su libro diario de caja. Veamos algunos ejemplos:

Viernes 11 (de enero de 1907): principié trabajos con buen entusiasmo; de tres retratos, dos buenos y uno malo.

Domingo 13. Estudié un poco. Metol-quinal lo mejor para luz sur. Veremos.

Lunes 21. En resumen, la semana pasada fue buena en cuanto a cumplimiento y trabajo. Se terminó con dos negativos de niños que estarán muy buenos, los voy a desarrollar en el acto. El principal objetivo de este, mi pobre diario, lleno de borrones, es propender a la buena marcha de la fotografía: creo que procurando que la persona que entre a mi establecimiento salga contenta, con eso es bastante; clasificar todo trabajo de 1 a 5. 1 malo, 5 muy bueno.

Jueves 21 (febrero). Continúo con mi ineptitud; he trabajado poco y a la fuerza, dos retratos, uno repetido, dos negativos buenos, uno regularcito.

Lunes 4 (marzo). Ayer me hablaron de Bogotá y me provocó; creo que dejando la pereza y en compañía de mi hermano Horacio, haríamos mucho con un taller a todo chorro. [págs. 81, 99, 101]

Si Horacio Marino recomendaba el retoque y Melitón lo practicaba, no dejó de anotar al respecto: “Materialmente no puedo con el retoque, día por día me fastidia más” (9 de febrero de 1907) [pág. 96]. En algunas ocasiones, las cosas marchan bien de manera inesperada:

He visto la mano de Dios en estos días, especialmente el sábado: estaba preocupado pues no sabía de dónde sacar para mercar en esa semana pues los eventos pagaderos, apenas había para arrendamientos; vinieron varios retratos de militares (...) y otros más (...) lo que fue suficiente para atender a todo. (Febrero 25 de 1907) [pág. 98].

Estas reflexiones ponen de relieve la lucha del fotógrafo por desarrollar y perfeccionar sus habilidades, el gusto por experimentar con materiales y la necesidad de sobreponerse a las estrecheces económicas del día a día. Se podrán complementar en algún momento cuando se rescate otro cuaderno de su puño y letra de manos de un coleccionista particular.

El libro facilita el acceso a documentos importantes para la historia de la fotografía, que de otra manera serían difíciles de localizar. Y es prueba del espíritu generoso de dos artistas y pequeños empresarios que hicieron de la fotografía no solo un modesto negocio que les permitió subsistir, sino un arte con el que conservaron valiosas evidencias visuales de una sociedad, hoy desaparecida.

Santiago Londoño Vélez